

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SEÑOR DON MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y Señor de los Chalqueses,
A quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazon albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,

Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mexicanos, muere.

Las vencedoras legiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcuco,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.



Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.

Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,
O entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
 Nunca á la voluble suerte
 Que el enmascarado rostro
 Hacia todos vientos vuelve,
 Moteuczoma Ilhuicamina,
 En fin, cuyas bravas huestes
 Despues de cruzar los montes
 Por breñales y pendientes,
 En las arenas del Golfo
 Virtieron su sangre ardiente,
 Domando á los Huexotzingos,
 Venciendo á los Cotasteses.



ROMANCE II

En una intrincada selva,
 Cuando el matutino rayo
 Del sol apenas alumbra
 Las regiones de su ocaso;
 Cuando las aves del bosque
 Sacuden el sueño blando,
 Y al aire entregan el himno
 De sus medólicos cantos,

Omíxtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mexicanos.

Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto:
¡Inútilmente! las flechas
En el cárcax se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
Tambien se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.

¡Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados

La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con acción tan villana
Solo han querido injuriarlo!



Omíxtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prision le reducen
En un soberbio palacio.



Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambición y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazón humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!

Empero, Omixtla su oído
 Cierra á mendaces halagos,
 Su alma á locas ambiciones,
 Y su corazón al fausto;
 Y pródigo de grandeza,
 Y de lealtad avaro,
 De su conciencia el acento
 Solo escucha y el mandato.



Cansado de las ofertas
 De los chalqueses, cansado
 De sufrir en las prisiones
 Padecimientos y agravios;
 Resuelto á poner un coto
 Al afán de sus contrarios,
 Omixtla, que sus designios
 Oculta discreto y cauto,
 Accedió al fin, pero puso
 Por condición en el pacto
 Que con los nobles celebra
 Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tiangu
 Se levantase muy alto,
 Una estrecha plataforma
 Donde sea coronado,
 Para que mirarlo puedan
 Sus generosos vasallos,
 Y los que con él cayeron
 Prisioneros en el campo.
 Consiente el pueblo, gustoso,
 Frenético de entusiasmo,
 Y en medio de alegres vítores
 Comienza á alzarse el tablado.

1 Plaza del Mercado.

